

La apoteosis del hombre *normal* (1)

(*Diario de Navarra*, 8-9. 12. 2000)

Habitamos el tópico como nuestra casa común: nos facilita la comunicación y nos asegura ya alguna asistencia de los demás. Lo malo es que la frase hecha nos priva del lenguaje propio y deja que Otro, anónimo e impersonal, hable por nosotros. Pues bien, tal vez no exista tópico en nuestra sociedad más frecuente y devastador que el decir de alguien en tono elogioso que *es una persona normal*, o incluso *muy normal* o *de lo más normal*, o, cuando uno mismo es el interrogado, tenerse por una *persona normal*.

La confusión de sentidos

Hay un sentido sociológico de *normal* por el que se contraponen a anormal y escaso, raro o extraño, excepcional y anómalo; o, si se prefiere, a lo extravagante o fuera de lugar. Lo normal es así lo común, regular, habitual y ordinario, lo más o menos constante y por ello previsible. Ya se ve que, en este primer sentido, el uso de la palabra *normal* para referirse a un individuo, conducta, hecho o suceso es ante todo descriptivo, porque no contiene un expreso juicio de valor ni mandato alguno de acomodarse a esa normalidad. Tampoco se dice que sea preciso eliminar lo contrario de lo normal, esa excepción de la regla; simplemente se constata una realidad, la alta frecuencia con que un hecho ocurre (o se espera que ocurra), se da cuenta de una media estadística.

Pero veamos su acepción médica o clínica. Aquí, según unas pautas de buena salud del organismo humano, de acuerdo con la idea de cierto presupuesto equilibrio de los órganos corporales (por ejemplo, de los índices de colesterol en sangre), la persona normal sería el sano frente al enfermo. Lo normal viene a significar en este caso lo correcto y adecuado, lo conveniente para el buen funcionamiento físico del ser humano, cuyo contrario sería lo patológico. Y en este mismo sentido, por cierto, se usa el término *normal* en política, si ésta tiene por objeto la salud del cuerpo social o colectivo. Por ejemplo cuando, en función de baremos establecidos por organismos internacionales, se considera para un país algo normal -por ajustado a su cuantía de población- un determinado número de plazas hospitalarias. O también cuando el político, con vistas a un fin que juzga conveniente, propone ciertas medidas de normalización interregional o postula normalizar las relaciones institucionales entre Estados.

Salta a la vista que, a diferencia del primer sentido, estos dos últimos -el médico y el político- transportan ya una aspiración, un cierto deber ser. Lo normal significa ahora lo debido, mientras que lo que está alejado de ello o contra ello representa lo indebido y hasta lo perverso. La normalidad no es ya el objeto de una mera descripción, sino que encierra una prescripción, un *desideratum*, una orden. Los hechos o personas anormales, las conductas patológicas (sean individuales o colectivas) han de ser despreciados corregidos, curados... o, lisa y llanamente, eliminados. En una palabra, lo normal se convierte inmediatamente en norma práctica, en regla de acción.

Pues bien, en el tópico de marras ("es una persona muy normal") ambos sentidos se hallan amalgamados y, lo que es peor, *confundidos*. Está presente su significado sociológico, puesto que ciertamente describimos a la persona de que se trata atribuyéndole los rasgos medios del conjunto de la población o de un grupo más limitado. Pero no está menos presente aquel otro sentido sanitario y político, que hacía referencia a una aspiración y objetivo debidos, puesto que mostramos nuestra *aprobación* de lo que nos parece normal. Al fin y al cabo, lo que venimos a decir de tal persona es que, siendo así, es como (se) debe ser; o sea, que es bueno ser normal. Consagramos el dato sociológico como pauta a seguir, como modelo de conducta. Nada cuesta reparar, además, en que ahora la normalidad que se predica ya no está limitada a la salud del cuerpo, a la de la mente o al buen orden ciudadano, sino que - aunque de manera harto imprecisa- se extiende a la persona entera. De modo que el tópico en cuestión encierra un sentido inequívocamente moral y transmite un ideal de existencia.

Como el resto de lugares comunes, también éste es hijo tanto de la pereza mental ("opinión pública, perezas privadas", nos advirtió Nietzsche) como de un cierto afán de seguridad: el de no estar solos y ser admitidos por los demás como un igual que ellos; el tópico es un guiño de complicidad que hacemos a los otros. Decimos de alguien que es normal y nos quedamos tan satisfechos, como si en tal adjetivo hubiéramos resumido lo mejor que cabría decir de quien hablamos. El interlocutor asiente complacido, pues acaba de imaginar que el tipo en cuestión viene a ser poco más o menos como él. Así que tan vagarosa descripción del otro nos ahorra entrar en mayores detalles, nos evita el esfuerzo de comprender y explicar qué es lo que distingue su singularidad. Esta pereza descansa en un adjetivo paradójico, que subraya como lo propio de uno precisamente aquello que vale para casi todos. Es una de las malas pasadas que este lenguaje de la normalidad nos juega...

Pero lo que nos importa aquí destacar es que el lenguaje de lo normal delata la vara de medir de quien lo emplea. Y como al mismo tiempo es el lenguaje normal y normalizado, pone de manifiesto la tabla de valores socialmente vigente. No lo sabemos, pero lo hacemos.

El ideal del mediocre

Al tacharle de normal, nos referimos al individuo que no destaca ni para bien ni para mal, que no resulta en modo alguno extraordinario. Tan lejos está de ser nada del otro mundo, que piensa y hace -según constatamos- lo de todo el mundo. Se trata de un hombre como los demás, alguien perfectamente intercambiable por cualquier otro, un miembro anónimo de la mayoría. En definitiva, un tipo normal y corriente, un humano medio, del montón; una medianía o un mediocre. Parece difícil hacer de esa palabra un timbre de gloria de nadie, parece mentira que nos complazca el calificarnos -encomiásticamente- de normales.

Pues entonces, cuando el apelativo de *normal* se aplica para enaltecer a alguien, en lugar de para ignorarlo o incluso denigrarlo (como en rigor más bien debiera), proclamamos la uniformidad y la semejanza como máximas virtudes. Lo sepamos o no, predicamos la mediocridad como ideal, como la norma a seguir; en suma, hacemos de la carencia de especial valor propio el valor más venerado. Y, al contrario, reservamos nuestra reprobación, más aún que para lo bajo, para lo que se distingue y se sale de la regla por arriba. Que nadie destaque, que nadie sobresalga, todos hemos de ser iguales: tales son los lemas normales, las consignas morales de la normalidad. El excelente tiene que disimular su distinción, no sea que los demás le reprochen precisamente una malévola voluntad de elevarse sobre los demás; que no se le ocurra exhibir sus cualidades, porque podría ser acusado de un afán de hacerles de menos. Es alguien que viene -que lo pretenda o no, eso no importa- a turbar el satisfecho descanso en nuestras creencias o en nuestro modo de vida. ¿Qué se habrá creído ése? ¿Acaso se atreverá a darnos lecciones...?

De modo que, al tildar al otro de *normal*, se produce una especie de reafirmación del propio yo mediante la reafirmación del nosotros que nos acoge. Si ése es normal es porque yo mismo, que así lo juzgo, también me tengo por tan normal como él. Y así, al expresarlo, busco el asentimiento del que me escucha y ambos nos sabemos formando parte de la comunidad de los normales, o sea, de los elegidos..., fuera de la cual no hay salvación.

He aquí la contemporánea transvaloración de los valores. Asistimos a la apoteosis incontestable del hombre *normal*, según había anunciado Adorno: “la

normalidad es la enfermedad de nuestro siglo”. Y este tipo de hombre ha ordenado publicar en todas las esquinas el siguiente decreto: “la *mayoría* somos normales; luego *todos deben serlo*”. Ese es el precio para ser aceptado en la comunidad de los iguales.

La apoteosis del hombre *normal* (2)

Semejante ideal de mediocridad toma cuerpo en ese dogma educativo contemporáneo por el que se condena como poco menos que aberrante la competición, la formación en las aulas de un "individuo competitivo". So capa de que así se daría lugar a seres insolidarios, en realidad la meta es la formación del individuo normal o medio. Por no tratar con alumnos competitivos, aceptamos el riesgo de crear personas incompetentes; y no ya en los saberes técnicos necesarios (que esa destreza ya se da en la proporción marcada por el mercado), sino incompetentes en el sentido más hondo de despojados de ideas propias o de convicciones morales y políticas lo bastante fundadas. Se ha impuesto la plantilla, la podadera.

Todo procede, seguramente, de un confuso traslado desde el caso particular de la competencia o competición mercantil (la del “sálvese quien pueda”) al de la competencia o competición entre los seres humanos con vistas al máximo despliegue de sus posibilidades. Porque la educación no puede prescindir del estímulo de la emulación entre los educandos. ¿O también será indeseable despertar la competencia por la solidaridad o por cualesquiera otros valores morales...? Pero el que se refugia en la normalidad como valor supremo viene a decir simplemente que se conforma con ser normal, que nadie le exija mayores rendimientos o cualidades, que se le admita como es porque no está dispuesto a ningún esfuerzo por mejorar, que no se le proponga ningún ejemplo de superioridad porque -desde su confortable reposo- se negará a reconocerlo. Y, en justo pago por todo ello, él mismo renuncia por adelantado a exigir del otro nada mejor y comienza así por tranquilizarle concediéndole gustosamente por su parte el recíproco título de persona normal...

El deber de la sumisión.

La normalidad se transforma enseguida en normatividad, el hecho rige como derecho. A menos que se quiera tan sólo excluirle del reino de los locos, reputar a alguien de normal es considerarle como sujeto a la norma, un individuo que vive como Dios manda, o sea, como está mandado. Quien supuestamente lo ordena puede ser el Estado o su Iglesia, su jefe inmediato, la televisión o la cuadrilla de amigos, la

costumbre local o la moda del momento, pero en cualquier caso nuestro hombre se atiene a lo establecido. Nada hace sospechar en él voluntad alguna de rebelión, de invención de sus propias reglas, de ser dueño de sí: el *normal* es el hombre de la “obediencia debida”. Lo suyo es acatar lo que le echen, sin asomo de interrogación por el fundamento racional de aquella norma o por la autoridad de quien la dicta. Sumiso por naturaleza o por experiencia, cree que ese es el modo de alcanzar lo más alto a que de verdad aspira: asegurar sin más su supervivencia. Camus lo afirmó sin rodeos: “El problema más grave que se plantea a los espíritus contemporáneos: el conformismo” y, la pasión más fuerte del siglo XX, la servidumbre.

Las variantes de este valor de la sumisión y de la pertenencia que el ideal de la normalidad sugiere pueden ser múltiples. Pero en cada caso lo que me importa es quedarme al calor de los míos, construir o preservar la propia identidad a costa de identificarme sin fisuras con los del propio grupo. Ante todo, y cueste lo que cueste, hemos de ser "de los nuestros". Aferrarse a la normalidad como norma, esa es la justificación nuclear de los actos del hombre normal. Sólo que algunas consecuencias son menos halagüeñas de lo que imagina, porque a menudo su normalidad se paga al precio de la complicidad con lo estúpido y lo despreciable. Que hasta se puede ser criminal sin dejar de ser normal, o incluso precisamente *por serlo*, ya quedó probado en el caso Eichmann y tantos otros contemporáneos. No hay terrorista capturado que no les haya parecido a sus sorprendidos vecinos una persona de lo más normal. Sin llegar a tanto, esa normalidad, a la que todos sin excepción estamos expuestos, estriba en la entrega acrítica a los reclamos “objetivos” de la lógica de la técnica, del mercado y de la autoridad burocrática o científica.

Porque hay una *producción social de la normalidad*. La Técnica necesita de unos individuos de espaldas a la teoría y a la reflexión sobre su práctica. El Estado nos quiere ciudadanos obedientes, animados de similares aspiraciones, cuantificables y previsibles, que nos conviertan en objeto apto para su administración general. Y el Mercado, claro está, no se limita a ofrecer en su escaparate las mercancías para las necesidades masivas, sino que se encarga asimismo de fabricar en masa aquellas necesidades así como los hombres capaces de producir y consumir rentablemente esas mercancías. A sus ojos, pues, sólo existen los hombres normales, lo que equivale a decir: portadores de un grado suficiente de trabajo productivo y saber técnico, sujetos de parecidos sentimientos de temor y de semejantes aspiraciones a la seguridad, soportes de un nivel medio de necesidades materiales, poseedores de una cantidad regular de dinero. Todos los demás son anormales y, en último término, están de más.

La inversión de la ética

Pero seguramente, y en resumidas cuentas, lo más llamativo de esta normalidad consagrada como categoría moral o solapado ideal de perfección es su rechazo del auténtico talante moral. El deber del hombre normal es exactamente el opuesto al deber moral del hombre. Porque desde los tiempos más clásicos hasta los contemporáneos la Moral no nos predica otra cosa que la búsqueda de la propia excelencia. Al revés que la meta confesada de la normalidad, la virtud moral radica en el cumplimiento descollante de lo humano. No en una impotencia consentida por más o menos repartida, sino en una potencia declarada; no es el mero aprobado lo que busca obtener, sino el sobresaliente. En lugar de aquel pasar desapercibido, de esa voluntad de diluirse entre todos..., el deber virtuoso nos reclama afanarnos por el mutuo reconocimiento mediante el empeño en la conquista de la mayor plenitud posible.

Y es que la tarea moral es justamente la tarea del héroe. Hablamos del héroe que cada cual puede llegar a ser con tal de entender que su vida sólo puede ser humanamente vivida como una enorme aventura de la libertad. Sólo porque somos libres somos seres morales, pero esa libertad es lo primero a lo que renuncia la persona normal cuando se propone recorrer la senda ya trazada por la mayoría. Nada más fácil, pero tampoco menos moral, que contentarse con acomodar nuestro pensamiento y acción a lo que *se* piensa o *se* hace. El ideal de la normalidad es lo menos ideal que cabe, sencillamente porque coincide con lo dado y lo predeterminado. ¿O es que hay algo más normal -regular y previsible- que lo natural, eso que ya viene fijado por una ley universal? Pero el hombre es literalmente un ser *anormal*, constituye la excepción misma entre los seres físicos, porque no tiene más norma que su libertad ni, por tanto, otra regla o deber que los de inventarse a sí mismo a cada paso.

A lo mejor todo lo dicho puede condensarse en una fórmula que suena a provocativa: el hombre normal, el que predica y practica la normalidad a todo trance, se quiere muy poco a sí mismo. No decimos con eso que sea un ser desprendido y libre del egoísmo que atenaza a los escasos restantes. Nada de eso. Se quiere poco porque desea muy poco para sí y los suyos, porque pone su felicidad o su satisfacción íntima en objetivos demasiado pobres o trillados, porque se quiere muy mal. No hay que enseñarle a superar su egoísmo, porque todo lo hacemos persiguiendo nuestro propio bien; hay que enseñarle, eso sí, a cultivar ese egoísmo, a depurarlo y ensancharlo, a que descubra un bien mucho mejor que los bienes normales en los que se recrea. Como el más poderoso antídoto contra esa normalidad, hay que enseñarle a admirar o a asumir esa admiración de la que hoy parece haber renegado.

